**Jesús de Nazaret **

**Los relatos de la infancia** **Benedicto XVI**

**«¿De dónde eres tú?»** (Jn 19, 9)

***La pregunta sobre la procedencia de Jesús por su ser y su misión***

Justo en medio del interrogatorio de Jesús, Pilato pregunta inesperadamente al acusado: *«¿De dónde eres tú?»* Los acusadores habían dramatizado su pretensión de que Jesús fuera condenado a muerte diciendo que este Jesús se había declarado Hijo de Dios, un relato para el que la ley preveía la pena de muerte. El juez racionalista romano, que ya había manifestado anteriormente su escepticismo ante la cuestión sobre la verdad (Jn 18, 38), podría haber considerado como ridícula esta afirmación del acusado. No obstante, se asustó. Anteriormente, el acusado había declarado que era rey, pero que su reino *«no es de aquí»* (Jn 18, 36). Y luego había aludido a un misterioso *«de dónde»*, y a un *«para qué»,* afirmando: *«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad»* (Jn 18, 37).

Todo eso debió de parecer al juez romano un desvarío, sin embargo, no conseguía evitar la misteriosa impresión causada por aquel hombre, diferente de otros que conocía como combatientes contra el dominio romano y para restablecer el reino de Israel. El juez romano pregunta sobre el origen de Jesús para entender quién es él realmente, y qué es lo que quiere.

La pregunta por el origen de Jesús, como interrogante acerca de su origen más íntimo, y por tanto sobre su verdadera naturaleza, aparece también en otros momentos decisivos del Evangelio de Juan, y desempeña igualmente un papel importante en los Evangelios Sinópticos. Por un lado, contra Jesús y su pretendida misión habla el hecho de que se conoce con precisión su origen: en modo alguno viene del cielo, del *«Padre»*, de *«allá arriba»*, como él dice (Jn 8, 23). No: *«¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?»* (Jn 6, 42).

Los Sinópticos relatan un debate muy similar en la sinagoga de Nazaret, el pueblo de Jesús. Jesús no había interpretado las palabras de la Sagrada Escritura como era habitual, sino que, con una autoridad que superaba los límites de cualquier interpretación, las había referido a sí mismo y a su misión (Lc 4, 21). Los oyentes se asustan de esta relación con la Escritura, de la pretensión de ser él mismo el punto de referencia intrínseco y la clave de interpretación de la palabra sagrada. Y el miedo se transforma en oposición: *«“¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y de José y Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven con nosotros aquí?” Y esto les resultaba escandaloso»* (Mc 6, 3).

En efecto, se sabe muy bien quién es Jesús y de dónde viene: es uno más entre los otros. Es uno como nosotros. Su pretensión no podía ser más que una presunción. A esto se añade además que Nazaret no era un lugar que hubiera recibido promesa alguna de este tipo. Juan refiere que Felipe dijo a Natanael: *«Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret.»* La respuesta de Natanael es bien conocida: *«¿De Nazaret puede salir algo bueno?»* (Jn 1, 45s). La normalidad de Jesús, el trabajador de provincia, no parece tener misterio alguno. Su procedencia lo muestra como uno igual a todos los demás.

Pero hay también un argumento opuesto contra la autoridad de Jesús, y precisamente en el debate sobre la curación del ciego de nacimiento que recobró la vista: *«Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése [Jesús] no sabemos de dónde viene»* (Jn 9, 29).

Algo muy similar habían dicho también los de Nazaret tras el discurso en la sinagoga, antes de que descalificaran a Jesús por ser bien conocido e igual a ellos: *«¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos?»* (Mc 6, 2). También aquí la pregunta es: *«¿De dónde?»*, aunque luego la retirarán haciendo referencia a su parentela.

El origen de Jesús es al mismo tiempo notorio y desconocido; es aparentemente fácil dar una explicación y, sin embargo, con ella no se aclara de manera exhaustiva. En Cesarea de Filipo, Jesús preguntará a sus discípulos: *«Quién dice la gente que soy yo*?... Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8, 27ss). ¿Quién es Jesús? ¿De dónde viene? Ambas cuestiones están inseparablemente unidas.

Lo que pretenden los cuatro Evangelios es contestar a estas preguntas. Han sido escritos precisamente para dar una respuesta. Cuando Mateo comienza su Evangelio con la genealogía de Jesús, quiere poner de inmediato bajo la luz correcta, ya desde el principio, la pregunta sobre el origen de Jesús; la genealogía es como una especie de título para todo el Evangelio. Lucas, a su vez, ha colocado la genealogía de Jesús al comienzo de su vida pública, casi como una presentación pública de Jesús, para responder con matices diversos a la misma pregunta, y anticipando lo que luego desarrollará en todo el Evangelio. Tratemos ahora de comprender mejor la intención esencial de las dos genealogías.

Para Mateo, hay dos nombres decisivos para entender el *«de dónde»* de Jesús: **Abraham y David**.

Con **Abraham** —tras la dispersión de la humanidad después de la construcción de la torre de Babel— comienza la historia de la promesa. Abraham remite anticipadamente a lo que está por venir. Él es peregrino hacia la tierra prometida, no sólo desde el país de sus orígenes, sino que lo es también en su salir del presente para encaminarse hacia el futuro. Toda su vida apunta hacia adelante, es una dinámica del caminar por la senda de lo que ha de venir. La Carta a los Hebreos lo presenta como peregrino de la fe fundado en la promesa, porque *«esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios»* (Hb 11, 10). Para Abraham, la promesa se refiere en primer término a su descendencia, pero va más allá: *«Con su nombre se bendecirán todos los pueblos de la tierra»* (Gn 18, 18). Así, en toda la historia que comienza con Abraham y se dirige hacia Jesús, la mirada abarca el conjunto entero: a través de Abraham ha de venir una bendición para todos.

Por tanto, desde el comienzo de la genealogía la visión se extiende ya hacia la conclusión del Evangelio, en la que el Resucitado dice a sus discípulos: *«Haced discípulos de todos los pueblos»* (Mt 28, 19). En la singular historia que presenta la genealogía, está ciertamente presente ya desde el principio la tensión hacia la totalidad; la universalidad de la misión de Jesús está incluida en su *«de dónde»*.

La estructura de la genealogía y de la historia que en ella se relata está determinada totalmente por la figura de **David**, el rey al que se le había prometido un reino eterno: *«Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre»* (2 Sam 7, 16). La genealogía propuesta por Mateo está modelada según esta promesa. Muestra al rey que durará por siempre, es un verdadero evangelio de Cristo Rey: toda la historia tiene la vista puesta en él, cuyo trono perdurará para siempre.

**Práctica semanal:** Cada día responderme, de ser posible por escrito, quien es Jesús para mí.